

Hacerse indiferente

¿Qué es la «indiferencia» ignaciana?

«Indiferencia» es una palabra que se usa a menudo en la espiritualidad ignaciana. A quienes estamos acostumbrados a ella, nos parece que define claramente una manera de situarse ante la vida, pero si hablamos con alguien un poco más alejado o con menos conocimiento, quizá le sugiera desinterés, apatía, desamor... ¡Nada más lejos de lo que san Ignacio nos quiere decir!

Si buscamos en el diccionario el término «indiferencia», encontramos estas acepciones: ‘ausencia de interés respecto a algo’, ‘impasibilidad’, ‘insensibilidad’. En cambio, el *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* nos dice que el sustantivo «indiferencia» solo fue empleado por Ignacio en el *directorio autógrafo de los Ejercicios* como sinónimo de ‘una manera de humildad’ (*Directorio* 1,17).

Para Ignacio y para la espiritualidad ignaciana, la indiferencia es justamente lo contrario a no dejarse afectar por cosas, acontecimientos, personas o palabras. Solo tomando conciencia de cómo las personas, las cosas, los acontecimientos y las palabras nos afectan, nos atraen o nos repelen, nos resultan agradables o nos disgustan, se puede empezar a trabajar con el objetivo de hacerse indiferente. La indiferencia no es un sustantivo estático, sino una acción existencial que mueve los afectos hacia una dirección. A este movimiento, Ignacio lo llama *hacerse indiferente*.

¿Por qué hacerse indiferente?

Ignacio, después de unas breves *anotaciones* y un *presupuesto*, comienza propiamente los Ejercicios con lo que llama *Principio y Fundamento* [EE 23]. En este

texto, Ignacio nos presenta el marco del camino espiritual que propone y afirma tres ideas que son la base de su pensamiento:

La primera: «El ser humano es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios» [EE 23,2]; es decir, la finalidad de nuestra vida, nuestro centro, se encuentra en la relación que tenemos con Dios.

Segunda: «las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es criado» [EE 23,3]; es decir, todas las cosas son medios para llevar a cabo esa finalidad.

Y para que los medios no se conviertan en obstáculo para alcanzar el fin para el que ha sido creado, nos presenta la tercera afirmación: «es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido» [EE 23,5]; es decir, no debemos confundirnos viviendo y actuando como si los medios fueran el centro de nuestra vida.

El objetivo no es, por tanto, alcanzar la indiferencia como si se tratara de una impasibilidad ante los acontecimientos, las cosas o las palabras; el objetivo es que, plenamente implicados en el mundo, podamos darnos cuenta del lugar que realmente ocupan todas estas cosas en nuestra vida. Si estamos tan atados a las cosas que estas no nos permiten ver más allá, no podremos abrir nuestro corazón a Dios y dejar que entre en él. Y la presencia de Dios es necesaria para que podamos vivir una vida verdaderamente plena y feliz.

El hecho de hacerse indiferente no busca una perfección moral y abstracta; de lo que se trata es de activar un dinamismo que trabaja sobre el deseo, y que acoge y valora los dones que vienen de Dios. Pacificado y ordenado nuestro interior, podremos dirigir nuestros pasos en la vida hacia la buena dirección.

¿Indiferentes a todo? Disponibilidad y acogida

Continuando con el *Principio y Fundamento*, que es el núcleo desde el que profundizar la propuesta de Ignacio, leemos: «el hombre tanto ha de usar de ellas [de las cosas] cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impiden» [EE 23,4]. Ignacio se da cuenta y nos hace dar cuenta de que nuestra relación con Dios no se vive de manera abstracta, sino a través de la relación que establecemos con las cosas y las personas. Si somos capaces de reconocer aquello a lo que nos resistimos a renunciar, aquello a lo que estamos excesivamente apegados, y nos abrimos al don de Dios con confianza y receptividad, «salvaremos nuestra alma», como diría Ignacio.

Este deseo de hacerse indiferente va mucho más allá de las pequeñas cosas. Dice K. Rahner:

Lo que se entiende por indiferencia es el sentimiento extremadamente vivo [...] de la relatividad de todo lo que no es Dios en Él mismo, del carácter provisional, intercambiable,

reemplazable y polivalente de todas las cosas distintas de Dios... Todo lo que no es Dios es simplemente provisional.

Hacerse indiferente es, por tanto, disponibilidad y acogida; es no quedarse en las cosas, las situaciones o los compromisos como si fueran un fin en sí mismos, aunque formen parte fundamental de nuestra vida. Hacerse indiferentes nos recuerda que las cosas y las personas son presencia de Dios, pero no Dios mismo. Buscarlo a Él en este camino de desprendimiento nos llevará a la última petición de los Ejercicios: «Conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad» [EE 233].

Cuatro ámbitos para hacerse indiferente

Ignacio fue un hombre concreto. Después de toda esta explicación, todavía en el texto del *Principio y Fundamento* el santo lo aterriza y nos ofrece cuatro ejemplos para que entendamos qué dice: «en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás» [EE 23,6]. Si nos fijamos, estos ejemplos tocan cuatro ámbitos nucleares: nuestra vida física (salud-enfermedad), nuestros bienes (riqueza-pobreza), nuestra imagen (honor-deshonor) e incluso la propia existencia (vida larga-vida corta).

Seguro que todo el mundo prefiere la salud antes que la enfermedad, el bienestar antes que el fracaso, la alegría antes que la desgracia... Pero no está en nuestras manos decidir si viviremos muchos años o pocos, o si las cosas nos irán bien económicamente, o lo que la gente pensará de nuestro recto actuar, o si nos llegará una enfermedad. Lo que sí depende de nosotros es la acogida libre de lo que sucede y, a través de lo que llega, ver la presencia amorosa de Dios que propone un camino quizá inesperado, pero que será fuente de plenitud si sabemos vivirlo desde Él.

«La pedagogía del amor»

Como si incluyera en ella todo el proceso de los Ejercicios, en la oración final se hace presente un eco especial del hacerse indiferentes. Dice esta oración: «Tomad, Señor, y recibid [...] todo mi haber y mi poseer» [EE 234]. También la buena salud, el bienestar económico, el buen nombre, la vida larga, todo nos ha sido dado gratuitamente y gratuitamente podemos ofrecerlo. Asimismo, cuando Ignacio prepara al ejercitante para la elección señala:

Es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente sin afección alguna desordenada, de manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta, que a dejarla,

ni más a dejarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima. [EE 179]

Este hacerse indiferente no es, evidentemente, fruto de la razón, sino que se trata de la respuesta amorosa de quien, conociendo y viviendo el amor que Dios tiene por cada uno de nosotros, dispone su vida como un camino de apertura, acogida y libertad ante todos los acontecimientos que puedan ir surgiendo.

La desmesura del amor

Al finalizar el *Principio y Fundamento*, Ignacio precisa: «solamente deseando y eligiendo lo que *más* nos conduce para el fin que somos criados» [EE 23,7]. Toda la libertad que ofrece este hacerse indiferentes tiene como deseo más alto la elección de lo que «más» nos acerca a Dios. Dios no se encierra ni se agota en ninguno de los medios que la vida nos presenta; Él pide que lo elijamos día tras día en la debilidad, en el servicio, en el esfuerzo por hacernos disponibles al otro, acompañándolo y ayudándolo en su vida, en sus necesidades.

Este «más» nos vuelve a recordar la diferencia entre Creador y criatura. Él es la plenitud de nuestra vida, Él es su sentido último. Sin embargo, el Creador no vive en una nube lejana, sino que se nos hace presente a través de las criaturas que pone ante nosotros, a través de aquellas que nos demandan servicio y que abren en nosotros un dinamismo de vida en el que Dios está presente, más allá y más acá. Y si queremos vivir en plenitud no podemos dejar de buscarlo libremente, sin dejarnos arrastrar por deseos que nos confunden. Hacerse indiferente supone, así, un verdadero trabajo interior para estar disponibles, para vivir en verdadera confianza, para ir creciendo en una libertad cada vez mayor que lleva a decidirse por construir la propia vida *con* Dios y *para* Dios.

Glòria Andrés
Seminario EIDES